

LOS ARMARIOS VACÍOS

Por ANNIE ERNAUX. Madrid: Cabaret Voltaire, 2022, 218 páginas, ISBN: 978-84-19047-30-4

La educación es un factor determinante en la biografía de la escritora francesa Annie Ernaux como puede apreciarse en buena parte de su obra.¹ De su lectura se infiere la forja de una mujer capaz de deshacerse de su herencia social y romper su trayectoria de clase a través de la adquisición de una sólida formación en su paso por la escuela privada religiosa, el liceo y la universidad. Instituciones que transformaron de forma irreversible la cultura de estatus asociada a su humilde origen social. En su literatura descubrimos que esa ruptura también creó en ella un sentimiento de «traición», lo que, unido a una relación universitaria, frívola y dolosa, la llevó a escribir su primera novela *Les armoires vides* (*Los armarios vacíos*) (1974), traducida por Lydia Vázquez para Cabaret Voltaire en 2022, parte de cuyo argumento completará con *L'Évènement* (*El acontecimiento*) (2000)² llevada al cine por Audrey Diwan (2021) en una cinta del mismo título premiada con el León de Oro en Venecia. El conjunto de su producción literaria se extiende durante varias décadas y se proyecta en más de una veintena de obras en las que practica una escritura sobre la naturaleza del yo, el recuento de su cotidianeidad y la exploración de su memoria. Junto a lo que fue su trayectoria escolar y universitaria adjunta una descripción de la sociedad y la cultura que la rodea dando cuenta precisa del tránsito de la historia, como sucede en *Les années* (*Los años*) (2008).³ Es una escritora que se mueve entre la autoficción y la biografía, y lo hace en «la encrucijada de la literatura, las

¹ S. McIlvanney, *Annie Ernaux: The Return to Origins*. Liverpool: Liverpool University Press, 2001.

² Annie Ernaux, *El acontecimiento*. Barcelona: Tusquets, 2001.

³ Annie Ernaux, *Los años*. Madrid: Cabaret Voltaire, 2022.

ciencias sociales y la documentación fotográfica»⁴ en medio de una «inconsolable pesadumbre de vivir» como reconoció el jurado que en 2019 le otorgaba el Premio Formentor.⁵

Los armarios vacíos (2022) (AV) fue redactada a mediados de los años sesenta, siendo rechazada por distintos editores y publicada casi una década más tarde, en 1974, por Gallimard en fechas previas a la aprobación de la Ley Veil (enero, 1975). Era el inicio de una escritura compleja, rica y diversa, que forma una red intertextual abierta a diferentes caminos para la investigación histórica (*Les années*, 2008), educativa [*La place* (*El lugar*) 1983,⁶ *La honte* (*La vergüenza*) 1977,⁷ *Memoire de fille*, (*Memoria de chica*) 2016],⁸ o feminista [*Une femme* (*Una mujer*) 1988,⁹ *La femme gelée* (*La mujer helada*) 1981.¹⁰ Se trata de una escritura innovadora tanto en la forma de tratar su biografía como en el fondo, en lo que podría ser interpretado como un sentimiento o noción de «traición social», de «vergüenza».

Desde el comienzo de la obra sabemos que la protagonista es una universitaria, «una chica de veinte años que ha ido a ver a una abortera, que sale de ahí, lo que piensa después mientras camina, cuando se tumba en la cama» (AV, p. 13). En ella aflora la sensación de miedo «por mis estudios. Miedo a que no hubiera servido de nada meterme en la privada y ponerme a estudiar» (AV, pp. 174-175). Una sensación que parte de la reversión de su destino lograda por medio de la brillantez académica y los progresos en su educación, lo que contribuyó a una transformación, ascenso y realización personal.

En esta primera obra, Annie Ernaux inicia una detallada descripción vital de su alter ego, la pequeña Denise Lesur, desde un mundo que se reduce al ultramarinos y a la escuela en la que experimenta de manera

⁴ Annie Ernaux, *El uso de la foto*. Madrid: Cabaret Voltaire, 2018.

⁵ Fundación Formentor. *Acta del Jurado 2019*, consultada el 27 de septiembre de 2022, <https://www.fundacionformentor.com/premios/>

⁶ Annie Ernaux, *El lugar*. Barcelona: Tusquets, 2020.

⁷ Annie Ernaux, *La vergüenza*. Barcelona: Tusquets, 2020.

⁸ Annie Ernaux, *Memoria de chica*. Madrid: Cabaret Voltaire, 2016.

⁹ Annie Ernaux, *Une femme*. Paris: Gallimard, 1988.

¹⁰ Annie Ernaux, *La mujer helada*. Madrid: Cabaret Voltaire, 2015.

dolorosa la vergüenza. Un sentimiento que será el eje o hilo conductor de su obra. La escritora incorpora a la novela la escuela privada religiosa femenina de Yvetot, regida por monjas, en la que se formó —la École Saint Michel— asentada en un edificio de ladrillo rojo, con dos patios, que carecían de ventanas en la planta baja y solo poseían aberturas en la parte superior para el paso de la luz y el aire. Había una puerta por la que se podía pasar al patio cubierto interior a través del cual se accedía a la capilla. Una segunda puerta, con timbre, permitía pasar a un reducido recibidor que daba paso al locutorio y al despacho de la directora. En el primer piso, las ventanas se abrían a las aulas y el pasillo, en tanto que las del segundo piso, junto a los tragaluces de la cubierta, estaban protegidas por cortinas y pertenecían a los dormitorios. Estaba prohibido asomarse a la calle desde todas las ventanas. Una solitaria profesora daba clases a las huérfanas de la denominada escuela libre pertenecientes a un establecimiento cercano al ayuntamiento. Esa maestra también educaba a las niñas cuyas familias andaban faltas de recursos suficientes para costear la educación de sus hijas (*La honte (La vergüenza)* 1996).

La protagonista se incorpora a los seis años de edad a las clases que albergan al resto de colegialas. En ellas se encuentra con una maestra que «hablaba y hablaba» de cosas que «no existían», y en la se leían frases sin sentido como «Axel toca el xilófono y el saxofón», o «el lazo de Zenobia es azul oscuro» (AV, p. 64). Esa experiencia la lleva a interrogarse si en realidad aquello era en lo que consistía la escuela. Si tan solo se trataba de repetir y trazar signos, de reunir cosas. Su conclusión inicial es que era una permanente pantomima, un hacer «como si fuera divertido, como si fuera interesante, como si estuviera bien» (AV, p. 65). La narradora tampoco elude el realismo detallado de las colas apremiantes, formadas en los recreos, delante de los baños, ni del lamentable estado en se hallaban. Sin duda su escritura y sus descripciones evitan soterrar la realidad. Esos recuerdos iniciales que comienzan a los seis años, también son los de «la maestra con los labios en forma de cruasán triste», y a los siete los de «la vieja Aubin que mira debajo de las mesas para ver que hacíamos con las manos...» (AV, p. 68).

Con cada incidente comprende menos lo que es la escuela y así, lo que al inicio parecía un «juego supuestamente ligero, irreal, empieza a complicarse», se transforma en un espacio donde también aprende a sentir lo que es la humillación y la vergüenza. Sensaciones encadenadas

a «las frases p[er]fidas que recibimos en plena cara, sobre todo de peque[ñ]as. De estudiante... Se burlaban de m[í], de mis padres» (AV, p. 71). Entonces se recluy[ó] tras su pupitre y descubri[ó] que, sin esfuerzo, dominaba a la perfecci[ó]n los «juegos escolares, la lectura, los problemas». De manera que, a lo largo de un par de a[ñ]os, asimil[ó] cuantos conocimientos quedaron a su alcance. Con ello comenz[ó] a obtener buenas notas hasta sentirse orgullosa de sus «dieces todo el tiempo», ganando tambi[é]n el respeto de las chicas que antes la atosigaban y de las que ahora cobraba sutil revancha. M[á]s tarde escribe que se veng[ó], cuando aquellas j[ó]venes dejaron los estudios «a los doce, los trece a[ñ]os, se descolgaron a mitad de camino» (AV, p. 75). Le hab[í]an hecho la vida imposible con sus burlas diarias, sus humillaciones y ademanes. En consecuencia, pensar[á] que su mundo no tiene cabida en el de la escuela, relacionando todo lo que hace mal con el medio del que procede, que por otra parte considera «viscoso e impuro». Tambi[é]n las maestras ser[á]n «odiadas, detestadas» y junto a ellas el capell[á]n. La causa se origin[ó] tras escribir sus pecados para la confesi[ó]n previa a la primera comuni[ó]n. En su transcurso, el cura, al parecer, se «los restreg[ó] por la cara» cuando ella pensaba que «desaparecer[í]an por arte de magia» (AV, p. 77). Un hecho que la lleva a perder toda esperanza en que las oraciones o la penitencia puedan ayudarla a cambiar su realidad.

Su escritura cobra especial valor cuando pasa a dar cuenta de su evoluci[ó]n, a detallar el proceso de transformaci[ó]n, facilitado por su dominio del conocimiento y por la capacidad de adaptaci[ó]n a los papeles que la escuela demandaba a sus alumnas. A partir de los ocho a[ñ]os descubre que la superioridad del conocimiento, reflejado en las notas y en el rendimiento, superior al del resto de la clase, la llevan a distanciarse, a sobresalir, transform[á]ndose en modelo, en el ejemplo a seguir. Por eso escribe que empieza a «estudiar algo m[á]s las lecciones», como una manera eficaz de mantener su superioridad. As[í] fue como comenz[ó] «a querer triunfar, contra las chicas, contra todas las otras chicas, las enre[í]das, las remilgadas, las pijas...» (AV, p. 84). Al admitir el valor de sus buenas notas y que fuera siempre la primera, sus compa[ñ]eras favorecieron su libertad e hicieron del saber su puntal, su coraza, su protecci[ó]n, pues la aseguraba «ser la reina» de su clase. (AV, p. 87).

La protagonista da cuenta de las relaciones consigo misma, con sus padres, con los clientes del bar y la tienda que regentan, con sus compa[ñ]eras de clase, con sus amigas y con el sexo contrario. Establece dos

mundos diferenciados, enfrentados, remotos, no sin entender que ambos son vitales para la escritora, pues la familia es real, en tanto que la escuela se transforma en «el mundo límpido, ruidoso y ligero», en un espacio «puro» en el que juega «a ser pura» (AV, p. 89). La escuela es descrita como un mundo de apariencias, en el que es preciso actuar, pues requiere de sus intérpretes una perfecta ejecución de su guion y en la que la primera de la clase representa el papel principal. Las relaciones entre ambos mundos, el del hogar y el de la escuela, están presididas por el sentimiento de distancia social, de reparo o sonrojo por los usos y costumbres, por la forma de hablar y expresarse, de concebir la realidad.

El final de la infancia marca el comienzo de los estudios de bachillerato. En 1958 Annie Ernaux se va al fin de Yvetot para cursar sus estudios en Rouen, una ciudad anhelada desde su infancia, en la que adquiere el anonimato y la posibilidad de emanciparse. Al fin puede huir de la mirada de su madre, de la escuela, del pueblo y hacer aquello que más deseaba: leer toda la noche, ir a los cafés y bailar en Le Cahotte, en la calle Beauvisine de Rouen. Su entusiasmo se explica también por idealizar su relación con su primer amante, pero será el escenario de la desilusión y de la toma de conciencia sobre todo en las clases de filosofía del Lycée Jeanne-d'Arc en el que cursa sus estudios [*Memoire de fille (Memoria de chica)* 2016].

La joven protagonista de *Los armarios vacíos* (2022) se refugia en sus lecturas y redacciones, en los libros y el estudio, pasa horas con ellos. El placer de pasear a través de las palabras, de aventurarse sola por tierras extrañas, por conocimientos que le producen vértigo cuando cavila sobre lo que tendrá que «aprender de aquí al reparto de premios... de aquí al diploma, de aquí al final del bachillerato...» (AV, p. 110). Cada vez comparte menos tiempo con la cultura que existe fuera del Liceo, la que caracteriza a su familia y la que sus padres comparten con las clientas del ultramarinos y los asiduos parroquianos que frecuentan el bar. Siempre evoca la ciudad de sus orígenes, (*Retour a Yvetot (Regreso a Yvetot)*, 2019) destruida en gran parte durante la guerra, y reconstruida en su juventud, y en ella nos lleva al ultramarinos, oímos conversaciones, nos muestra escenas en el bar, recupera lo que ha desaparecido, rememora lo que se ha transformado.

La brillantez en sus estudios la dirige a la universidad y aunque a ojos de sus padres la sitúan «al mismo nivel que el notario, que el médico», la

autora asegura que su herencia social es una carga demoledora. Su padre tenía previsto que se convirtiera en maestra, y se incorpora a la *École Normale d'Institutrices* pero algunos meses más tarde una mala evaluación en prácticas de una maestra, que le dice que no tiene vocación, hace que abandone la escuela de formación docente, se marcha a Inglaterra como «au pair» y al regresar se matricula en la Facultad de Letras de Rouen. Con veinte años encuentra su libertad en el campus al transformarse en «una universitaria», en realidad, «la universitaria becaria» y «luego la primera de la clase, siempre» (AV, p. 16). Es donde descubre la verdadera literatura en las obras de Sagan, Camus, Malraux, Sartre o Kafka, y con ella, las ideas y las frases que la estimulan y motivan. Será Simone de Beauvoir y su obra *El segundo sexo* la que ejercerá una mayor influencia. Por otra parte, el dominio del lenguaje le permite deshacerse de ciertas frases hechas para «abrir la boca sin miedo» pues «ya no salen de ellas esas frases oídas en casa, esas entonaciones que traicionan», en suma «esas palabras pueblerinas» (AV, p. 189). Nos dice que ahora domina el argot de los colegas, «las palabras que solo entendemos nosotros, los que pronto seremos universitarios» (AV, p. 189).

La lectura de Beauvoir la lleva por un camino de emancipación por el que paga un alto precio cuando en 1963 decide abortar, un acto todavía penado con la cárcel. Es en esa época cuando da sus primeros pasos como novelista. En *Los armarios vacíos* (2022), su protagonista nos dice que, en ese momento, la literatura que tanto apreciaba se transforma en un lastre, algo que en lugar de enriquecerla la hace «nada inteligente, una advenediza de la cultura». Su pareja burguesa, además de abandonarla a su suerte, afirma que la literatura la hace huir de la realidad; piensa entonces que quizá «no es otra cosa que un indicio de pobreza» (AV, p. 202). Escribe que según «él, yo no saldré nunca de mi condición», (AV, p. 203). La protagonista piensa entonces que no es «más que una pobre chica abrumada por las humillaciones, por los deseos de medrar» (AV, p. 202), una persona alejada del modelo de «las chicas estudiantes, atareadas, que se apean del tren los sábados, estudian medicina, derecho, las hijas del procurador, del dueño del negocio de pinturas... El disco se ha acabado» (AV, p. 192). De nuevo aflora en el texto la idea de incapacidad, de atadura, de imperfección, de esclavitud, arraigada a su origen social omnipresente. La vergüenza continúa oprimiendo, condicionando y dictando aquello que hay que hacer. Este debilitamiento de

la identidad, definido por Vincent de Gaujelac como «neurosis de clase»,¹¹ establece, en un plano textual, una forma de paratopía espacial y enunciativa.¹² Es la identidad de clase la que genera los procesos que hacen posible y legitiman la creación de su obra literaria y su inserción en un campo creativo ubicado en un lugar que ya no existe pero que la autora reconstruye para compartirlo a través de su escritura. Desde su memoria recorre el origen humilde de su familia para dar cuenta de la tenacidad con la que pasaron del campo a la factoría y luego a la *Épicerie-Mercerie* para facilitarle a ella una buena educación que transformó su vida, la alejó de su hogar y de sus padres, dando cuenta de la inmanencia de los sentimientos de rechazo, inferioridad y culpa asociados al origen social, propios de la cultura escolar y de estatus, como constatan los estudios que analizan estos fenómenos.¹³

En el ámbito de las ciencias sociales y humanas existe una relación distante con la creación literaria, que ha sido analizada,¹⁴ para evitar que entre ambas queden transformadas en virtuales «caballos de Troya»,¹⁵ capaces de acabar la una con la otra. La obra de Annie Ernaux reclama la legitimidad de emplear un lenguaje adoptado, el de la literatura, para realizar un trabajo cuasi sociológico e histórico que hace uso de su propia experiencia como material. Su escritura es fáctica y en ella prevalecen los hechos, la realidad y la memoria, sin recrearse en el estilo, en la imaginación o en la metáfora. Esto le permite realizar una «inmersión» en el pasado que «pasó por mí», nos dirá, y en el que la protagonista «no soy yo» añadirá. En sus obras, el sitio donde residió con sus padres solo figura por su inicial, aunque para ella Yvetot es un lugar mítico, una fuente de inspiración que alberga la infancia, los orígenes y el inicio del camino que parte de la escuela, la conduce a la universidad y nutre la

¹¹ Vincent De Gaujelac, *La neurosis de clase. Trayectoria social y conflictos de identidad*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, 2013.

¹² Dominique Maingueneau, *Le discours littéraire: Paratopie et scène d'énonciation*. Paris: Armand Colin, 2004.

¹³ J. Barrera, A. Falabella, T. Ilabaca, «“Los intocables”: la educación escolar de las élites, sus privilegios y nuevos escenarios». *Pensamiento Educativo* 58 (1), (2021): 1-17. Consultado el 21 de septiembre de 2022, doi.org/10.7764/PEL.58.1.2021.3

¹⁴ Ivan Jablonka, *L'histoire est une littérature contemporaine*. Paris: Seuil, 2014.

¹⁵ Ivan Jablonka, *Histoire des grands-parents que je n'ai pas eus*. Paris: Seuil. 2012.

experiencia que enriquece su obra.¹⁶ Esta primera novela en la obra de Ernaux hace las veces de lectura liminar y provee de argumentos precisos a quienes se interesen por la memoria y la historia de la educación para adentrarse en su creación literaria a la busca del tiempo perdido, de la enseñanza que fue, de la que ya no es.

Juan Luis Rubio Mayoral
Universidad de Sevilla
lrubio@us.es

¹⁶ L. Ageorges, F. Balthasar, *La Place d'Annie Ernaux (Analyse de L'oeuvre): Comprendre la Littérature avec LePetitLitteraire.fr*. Cork, Ireland: Lemaitre Publishing, 2011.